

XXV

Según Paz mostraba por lo enamorada mayor empeño en salvar la distancia que les separaba, más parecía obstinarse la adversidad en desunirlos, colocando á Pepe en peores circunstancias.

Cierto caballero influyente en la comisión de gobierno interior del Senado, que había menester una plaza vacante para uno de sus protegidos, supo que Pepe era hermano del clérigo autor del sermón censurado por la prensa y, sin otro motivo, logró que le dejaran cesante. En vano procuró Don Luis de Agreda su reposición: hicieronle buenas promesas, pero no obtuvo resultado; y como la pérdida del destino representaba en casa de Pepe una falta de diez y ocho duros á fin de mes, la es-

casez mal disimulada fué degenerando en franca é irremediable pobreza. Además, el desorden que causaba Doña Manuela con el olvido de todo lo casero era cada día mayor: la misa por la mañana, las Cuarenta Horas y vela por la tarde, el hacer ó escuchar lecturas piadosas y el quedarse medio dormida en una silla, á lo cual llamaba pomposamente meditación, no la dejaban tiempo para nada. La cena hecha con prisas al volver de la iglesia, unas veces era mala, otras peor y, si Pepe, á causa del trabajo de la imprenta, no venía temprano, Doña Manuela, Leocadia y Tirso, en vez de acostar al pobre viejo, se ponían á rezar el Rosario y la Letanía con alguna oración de añadidura, como preces por los herejes ó acciones de desagravios; con todo lo cual quedábase Don José preso en la butaca junto á las vidrieras del balcón, mirando pasar gente, viendo encender faroles y aumentar las sombras, sin oír palabra que lo distrajese ni frase que le consolara. Ni siquiera se acordaban de cubrirle las piernas con una manta; así que, al ir á moverle de la butaca, solían encontrarle frío, como entumecido. Si pedía que le comprasen periódicos, nunca faltaba excusa; los pocos cuartos antes invertidos pa-

ra entretenimiento del enfermo en suplementos y extraordinarios, iban á parar ahora al cajón de las ánimas, débil compensación, á juicio de Tirso, de lo gastado en regocijarse con noticias contrarias á la buena causa. Además, del armario en que estaban faltaron varias obras que Don José estimaba en mucho, por ser de esás que proporcionan el doble placer de recordar el tiempo en que se leyeron y afirmar las ideas que inspiraron: desaparecieron de la casa una *Historia de las cortes de Cádiz*, la anónima del *Reinado de Fernando VII*, las *Cartas á Lord Holland*, de Quintana; una continuación al *Mariana*, escrita por Eduardo Cháo; los *Recuerdos*, de Alcalá Galdiano y otro de Toreno. El espurgo debió ser cosa de Tirso, y también la elección de cuatro ó seis libracos que, en sustitución de aquellos, tomó doña Manuela, como el *Método práctico para hablar con Dios*, del jesuita Franco; el *Verdadero Sufragio universal*, ó sea *Pío IX y sus bodas de oro*; el *Interior de Jesús y María*; el *Aguila real, pelícano amante*, *historia panegírica del ínclito San Agustín*, y el *Despertador del alma descuidada en el negocio máximo de su salvación*.

Otra obra tomó Tirso, guardándola para

leer á solas; pero como Leocadia le sorprendiera varias veces con ella en la mano, entró en curiosidad y, observando que metía el libro en el cajón de la mesita de su alcoba, que tenía llave muy chica, intentó y consiguió abrirlo con la de su costurero.

El deseado volumen decía en la portada:

"*Mechialogía*; tratado de los pecados contra el sexto y noveno mandamientos del Decálogo, y de todas las cuestiones matrimoniales, seguido de un compendio de embriología sagrada (obra para el clero), por Debrejne." Muchas de sus páginas, y párrafos de otras, estaban en latín, y lo escrito en castellano cuajado de palabras incomprensibles para Locadia; pero algunas frases que malvelaban lo que debe ignorar la doncella, excitaron su curiosidad. Aquello era un conjunto de definiciones de pecados horribles, por ella nunca imaginados, descripciones de vicios asquerosos a su castidad desconocidos, alusiones á hechos absurdos, y advertencias estúpidas para precaver los delirios de la más corrompida torpeza. El ansia de rebuscar pecados no respetaba la ignorancia de la virgen ni la conciencia de la esposa, y los hechos más naturales é inocentes de la vida servían de

basa á reflexiones que excitaban groseramente los sentidos. Aquel libro buceaba en la conciencia humana ávido de espectáculos repugnantes, y al hallarlos se deleitaba en su análisis, como larva de corrupción que se revuelca entre la podre: mal disfrazado, con frases piadosas y tecnicismos médicos, cuanto en él había era perversión de lujuria. Unas cosas leyó Leocadia con deseo de adivinarlas, otras con asco de entenderlas: hubo frases que cayeron sobre su pureza como cieno sobre nieve: luego, asustada, dejó el tomo y cerró el cajón, sintiendo al apartarse de allí una emoción intensa de pudor ofendido. La flor huía con asco de la babosa. Pero le quedó al libro el encanto de lo vedado, el aroma excitante de lo prohibido, y una tarde volvió á entrar en el cuarto de Tirso para hojearlo. La madre estaba en la cocina y el padre postrado en su sillón. Llamaron á la puerta, ella no oyó nada, abrió doña Manuela á Pepe y, al cruzar éste el pasillo, sorprendió á su hermana leyendo. El rostro de la muchacha fué delator del libro: Pepe entró y, quitándosele de las manos, lo hojeó unos instantes mientras ella huía avergonzada, sintiendo por

primera vez en su vida una llamarada de vergüenza que la abrasó la cara.

Pepe dudó entre devolver el cuerpo del delito á su hermano ú ocultarlo para que de nuevo no cayese en manos de Leocadia: por último, pensando que Tirso, aunque lo echara de menos, no tendría el atrevimiento de reclamarlo, optó por lo último. Además, cualquiera que fuese la determinación que adoptara, comprendía que, si llegaba á tener un nuevo altercado con Tirso, había de ser ágrío, y esto le daba miedo; aún sonaban en sus oídos aquellas palabras del viejo: "ha dicho tu madre que si Tirso se va también se irá ella."

Entre tanto, la situación de la familia era cada día más angustiada. Se perdieron las escasas economías de Don José; el descuento impuesto á las clases pasivas mermó la jubilación, y la cesantía de Pepe fué causa de que en la casa comenzaran á faltar medios para atender á cubrir necesidades que anteriormente, aunque en cierta medida, no dejaron de satisfacerse. La economía se trocó en privación; la comida, sana aunque frugal, se hizo mala, porque era forzoso comprarlo todo más barato; y se suprimió cuanto se asemejaba remotamente al lujo. El mayor regalo del

enfermo quedó reducido á tomár de vez en cuando, un pedacito de merluza, ó á traerle para postre de la tienda inmediata dos onzas de queso ó bollos de á cuarto. Las botellas de agua de Vichy, á que estaba acostumbrado, quedaron suprimidas, y en la hidroterapia no se volvió á pensar. La tristeza de Pepe iba en aumento; unos recursos faltaban, otros disminuían; con los objetos de algun valor que fueron empeñados no había que contar, por haber vencido los plazos; pero lo peor de todo era que el malestar de Don José y la miseria, á cada momento más cercana, dejaban fría, casi indiferente á Doña Manuela y desesperada á Leocadia.

Tirso continuaba dando gracias á Dios después de las comidas.

Lo que más exasperaba á Pepe, era el abandono en que ambas tenían al padre, pareciéndole mentira que fuesen las mismas mujeres, antes solícitas en el cuidado hasta la exageración, siempre opuestas á todo lo que fuese salir, ahora despegadas y ávidas de callejear. La vida de la familia varió completamente: por las mañanas, Don José, á no ser que Pepe le levantara, tenía que esperar en la cama á que madre é hija volvieran de misa,

y luego aguantarse si se obstinaban en dilatar el momento de la comida hasta que llegase Tirso; después, á media tarde, marchábanse de nuevo, y ya no se las volvía á ver hasta en la noche, sin que Pepe se diera cuenta de en qué invertían tales ausencias. Era imposible que permaneciesen tanto tiempo en la iglesia. Las mañanas que iba él á casa del padre de Paz, tenía Leocadia que quedarse acompañando al enfermo; pero Doña Manuela, apenas levantada de la cama, desaparecía. Pepe, desde que dejó por la cesantía de ir á la biblioteca del Senado, dedicó las tardes á hacer compañía á su padre, y entonces comprendió que su madre y su hermana habían roto todo lazo que las sujetase al hogar. Don José no se quejaba; más, para el cariño de su hijo, era imposible la ocultación de su pena: en cambio no acertaba á explicarse el fundamento del imperio que en ellas ejercía Tirso, y los medios de que se valió para conquistarlo, pareciéndole absurdo que sólo la devoción fuese la causante de tantas desventuras. Sus esfuerzos de observación, su vigilancia, apenas descubrían detalles por los cuales no era fácil adivinar nada: Doña Manuela estaba completamente absorbida por el cumplimiento de

las prácticas religiosas; todo lo demás era á sus ojos ocupación despreciable; pero aparte esto, nunca dió señales de que otras atenciones distrajesen su espíritu. Leocadia ponía empeño en acompañarla y, á pesar de la pobreza de sus galas, se acicalaba mucho; más siendo tal afición antigua en ella, no autorizaba otra sospecha. Por fin, un día, estando recosiendo el mejor vestido que le quedaba, indicó á su hermano tímidamente la necesidad de comprar tela para otro: Pepe, antes por explorar su ánimo que por oponerse á su deseos, la dijo:

—Tendrás que armarte de paciencia: por ahora, es imposible complacerte el capricho.

—Es necesidad.

—Pues igual que si no lo fuera. Ya sabes cómo estamos....

—Saldré desnuda á la calle.

—Nó: te quedarás en casa, y así harás compañía á papá.

—Ya estoy cansada de miserias—replicó con gesto avinagrado, dando á sus ojos una expresión de insolente desenfado que jamás tuvieron.

--Pues ahora empiezan.

—Veremos quien las sufre: tú eres el

hombre de la casa.... conqué busca el remedio. Si no.... á mí no me ha de faltar.

Pepe no pudo sufrir aquel lenguaje, enteramente nuevo en labios de su hermana.

--Pero, ¿eres tú quien habla así? ¿Se te ha podrido el corazón?

—Vaya, vaya; menos *sensiblería* y trae cuartos á casa, que eso es lo que hace falta.

Esta actitud de Leocadia, su exigencia, descaradamente manifestada, y aquel despego junto con el afán de salir, hicieron sospechar á Pepe que la manía devota fuese encubridora de próximos y mayores males.

